

FERNANDO PEREZ DE LEON Y MATA

En mayo del año próximo pasado, falleció en la ciudad de México el excelente colaborador de nuestro Instituto que llevaba por nombre Fernando Pérez de León y Mata. Las dificultades por las que atravesó la aparición de Acta Médica no permitieron dedicarle a su debido tiempo un recuerdo y un tributo que tanto merecía. Al reanudarse el ritmo de publicación, nuestra Revista, la ESM y el IPN desean hacer constar el dolor que causó su desaparición y lo mucho que le deben, por su magnífica labor como Coordinador General de las Publicaciones del Instituto.

Fernando Pérez de León y Mata, nació en Pachuca, Hgo., en 1922. Siguió estudios de secundaria y vocacional; luego de ingeniería mecánica en la ESIME —siempre en instituciones del IPN, con el cual tan íntimamente unido se sentía.

Después de diversas actividades y estudios (de inglés, de investigación documental y otros) pasó a laborar en nuestro Instituto en la década de 1950 —para pasar en 1965 a dirigir la Oficina de Publicaciones Periódicas del IPN— entonces Acta Politécnica, Acta Médica y Acta de Ciencia y Tecnología.

Desempeñaba sus funciones en el segundo piso de nuestra Escuela de Medicina —en un pequeño despacho acogedor—, donde su gran cordialidad, su simpatía y su deseo de ayudar a quien se le acercara creaban una atmósfera franca y amable. Asistía con ejemplar puntualidad a todas las reuniones de directivos de las revistas, y dominaba el arte de intentar pasar casi inadvertido, cuando tantas y tantas veces era el alma de lo que se estaba discutiendo, y el único conocedor a fondo del problema. Gozaba allanando dificultades, facilitando el trabajo; ejercía en forma excelente el difícil arte de recabar trabajos, solicitar colaboraciones, insistir para obtener notas, cuartillas, ensayos y artículos que parecían querer escapar de todo control. Nuestro querido amigo acababa logrando lo que solicitaba, sin crear problemas ni causar enojos. Tal era su arte que ante él cualquiera se sentía desarmado si —con tanta frecuencia— transcurría el plazo prometido y había que acudir pidiendo disculpa por el retraso. Su insistencia amable, su sonrisa cordial, su manera de protestar que parecía un elogio, acababan venciendo todos los obstáculos. Además, se esforzaba por suprimir escollos y resolver dificultades burocráticas —todos sabíamos que teníamos en él el velador más eficaz y tesorero, el único capaz de resolver los problemas en la tupida maraña del papeleo.

Su presencia en el despacho de las revistas o en la sala de reunión de los consejos editoriales era garantía de que no se perdería el tiempo; por dilatadas que fueran las discusiones, nuestro amigo iba a resumir en forma

clara y positiva el resultado deseable o logrado. Había que acudir repetidamente a él en busca de información, pues se situaba en un plano de reserva discreta y de prudencia cuando, en realidad, solía dominar los temas tratados mejor que casi todos —o todos— los presentes.

Mucho lamentamos su muerte. Mucho nos faltará su ayuda y su consejo. Sería una ingratitud no recordar y reconocer públicamente que si las revistas se publicaron regularmente durante muchos años, fue gracias a la labor tesonera, callada y enormemente eficaz del hombre cordial, abierto y amable que fue Pérez de León.

Descanse en paz. Sus amigos, la Escuela Superior de Medicina y todo el Instituto Politécnico Nacional lo recuerdan con emoción y gratitud.